

EL ROSCÓN

DE

REYES



Luis Antonio
Sanz
Esteras

Relato para HABLEMOS DE GETAFE

EL ROSCÓN DE REYES

Hacía frío aquella mañana de invierno. Las lluvias habían dado un pequeño respiro. No se veía mucha actividad en las calles a pesar de las fechas que eran. Las tiendas aún cerradas o a punto de abrir. Su paso era cansino pero todavía certero. Atrás habían quedado las prisas y los agobios. Miró en el bolsillo del chaquetón intentado encontrar el monedero, aquel que le había comprado a un negro en el mercadillo y que tan bueno le había salido. Unas monedas y un billete de veinte euros era todo su capital.

La pastelería aún no estaba abierta. Seguro que el pastelero había trabajado en la madrugada para tenerlo todo a punto a la hora de atender a la clientela. A pesar de haberse levantado pronto, no era el primero. Preguntó educadamente y en voz baja: ¿Quién es el último? Una señora mayor, más o menos de su edad, le respondió con diligencia, yo señor, yo soy la última.

La llave de la puerta se deslizó por la cerradura liberando el resbalón. Buenos días, dijo la empleada que acababa de abrir. Buenos días le contestaron todos casi al mismo tiempo. Pasados unos minutos, quizá un cuarto de hora, llegó su turno y pidió. Por favor, póngame uno pequeño, sin nata, de los de toda la vida. La dependienta eligió uno y le preguntó: ¿Éste le parece bien, señor? Asintió con la cabeza. Lo envolvió tras ponerlo en una bandejita, le puso una cinta alrededor y lo remató con un pequeño lazo. Salió de la pastelería, con su roscón, orgulloso e impaciente.

Ya en casa se preparó un buen tazón de Cola-Cao y abrió el envoltorio con rapidez. Se puso una buena porción y la comió con deseo. El Roscón estaba muy rico. Se puso otra porción y también acabó con ella. Se puso una tercera y, de repente, entre la masa deliciosa apareció una pequeña figurita de china. Era un gatito apoyado en sus patitas, con el cuerpo erguido mirándole con dulzura. **¡Me ha tocado la figurita del roscón! ¡Qué suerte he tenido!** Hace años, cuando vivía su mujer, siempre hacía por que le tocara a ella. ¡El año pasado también me tocó a mí!, dijo. Un perrito vestido con una mantita roja, los ojos alegres y la lengua fuera, jadeando. Lo llevó todo el año en el monedero, bueno, lo llevaba todavía. Lo sacó con delicadeza y le dijo: Ya has terminado tu misión, me has hecho compañía en esta cruel soledad. Ahora será este gatito el que ocupe tu lugar y me acompañe durante todo el año. Cogió el perrito y lo tiró al cubo de la basura, esta noche la sacaré al contenedor de la calle, dijo. Metió el gatito en el monedero y cerró la cremallera, al tiempo que decía: luego daremos un paseo. **Miró por la ventana. La calle estaba llena de tristeza. Hacía frío.**

Luis Antonio Sanz-Abril 2013